

PRESENTACIÓN DEL RETRATO DE ÁNGEL AROCA, OBRA DE JUAN HIDALGO DEL MORAL

ÁNGEL AROCA LARA
ACADÉMICO NUMERARIO

Tras enhebrar el Guadalquivir por sus puentes en la primera hora de la mañana, suelo recluirme en mi obrador y allí consumo el resto de la jornada en un adviento perpetuo, que de cuando en cuando florece en alguna navidad presa del fanal y conformada por elementos de procedencia diversa. Así son el común de mis días, pero hay otros en que, mediada la mañana, suena el teléfono porque Juan Hidalgo de Moral me invita a charlar ante un café. En ocasiones soy yo quien, incitado por el sol, siento la necesidad de zambullirme en la vida de los barrios de Córdoba y busco la compañía del pintor amigo en un paseo que, con él, ha de ser más grato y enriquecedor. De este modo se ha ido reforzando una vieja amistad, que no tuvimos oportunidad de cultivar cuando cada uno estaba inmerso en su quehacer. Ahora somos jubilados jubilosos, nada nos apremia y siempre estamos dispuestos a compartir nuestro tiempo, que es, por otra parte, una forma de sublimarlo.

Con esta premisa, entenderán ustedes –Exmo. Sr. Director, ilustre Cuerpo Académico, señoras y señores- que cuando se planteó en la Sección de Nobles Artes de nuestra Academia la conveniencia de hacer el retrato de los tres últimos directores, Juan Hidalgo del Moral reclamara para sí el cometido de retratarme y que yo me sintiera especialmente satisfecho, además de honrado, con su generosa decisión. Mi complacencia trascendió incluso la amistad, pues, por otra parte, recordaba el retrato que el artista hizo de don Juan Gómez Crespo en 1990, de cuya excelencia dejé constancia al presentarlo en esta tribuna meses después.

Vinieron luego los días en que Habría de materializarse el cuadro y acudí cuantas veces fue preciso al estudio del pintor en el barrio del Alcázar Viejo, a un tiro de piedra de mi casa, que se alza sobre la antigua huerta del cenobio de los Basílios. Tras el golpe seco del llamador, Juan Hidalgo me franqueaba el acceso, reverente a la fuerza, como si de la basílica de la Natividad de Belén se tratara, a un patio siempre fresco, de arriates feraces esponjados en las aguas de la sierra de Córdoba, de una fuente con retazos de Roma en la que enraíza el culantrillo... En él se amalgaman los restos del pasado esplendor de esta ciudad, desde los dentellones de la cornisa jónica al ataurique de los pabellones islámicos. Un león tenante, flanqueando la escalera angosta que se oculta tras un lienzo de la Virgen del Carmen, nos indica el camino al *sancta sanctorum* del artista. Allí, junto al caballete, el sillón frailuno en que debía sentarme. En derredor, invadiéndolo todo, un sinfín de lienzos que aprisionan notables destellos creativos y miles de horas de oficio. El pintor sabe dónde está cada cuadro, pero al ojo transeúnte

le resulta difícil apreciar la evolución de la obra de Juan Hidalgo a primera vista, pues todo se amontona y unas pinturas ocultan a otras.

Como supuse que habría de disponer de tiempo para ir desvelando los enigmas que me asaltaban, me arrellané en el sillón a mi manera, mientras el artista comenzó a manchar el lienzo al tiempo que corregía mi indolencia. Día tras día fui deshaciendo el eclipse múltiple de aquella amalgama de pinturas y apreciando el cambio estilístico experimentado por Juan Hidalgo.

Su temática no ha variado sensiblemente: aquellos arcángeles descendidos de las torres y espadañas de Córdoba, que rondaban por las calles y plazas de la ciudad, más tarde costaleros o toreros, aceituneros a veces, son hoy muchachos campañeses que sueltan palomas o juegan al billar. La mayor evolución la advertimos en la técnica suelta del artista, en la precisión de su pincelada para lograr el objetivo perseguido con una austeridad encomiable. Distinto es, asimismo, el tratamiento del color, pues, aunque mantenga en esencia la gama cromática de su paleta antigua, ahora la aplica con una valentía, que es hija de la seguridad que da el oficio. Es éste también el que lo lleva a aventurarse en sabias desproporciones que acentúan la fuerza expresiva de unos personajes que se desbordan por el lienzo, llenándolo, fundiéndose con el fondo mínimo en el que apenas queda margen para la alusión paisajística.

Cada día solía elegir un cuadro que, con la aquiescencia del pintor, colocaba frente a mí para disfrutarlo mientras posaba. Cuando Juan Hidalgo dio por concluido este lienzo, mis ojos acariciaban la obra postrera de Juan de Mesa, esa Piedad sublime que se venera en San Pablo y que el artista situó ante el templo romano de la capital de la Bética para confeccionar el cartel de Semana Santa de 2004.

El resultado del tiempo en que posé en el estudio del artista y de la mirada atenta con que éste me escrutaba durante nuestros paseos o nuestras charlas con sabor a café, es el retrato espléndido –y subrayo lo de espléndido- que tienen ante ustedes.

Con una gama cromática que nos recuerda a Gutiérrez Solana, de pardos, sienas, azules e incluso el negro, que tiende a considerarse proscrito en pintura, pero que aquí es irremplazable, Juan Hidalgo ha conformado una figura gallarda, extraordinariamente pictórica, que llena el espacio y se hunde por su propio peso en el sillón casi imperceptible.

Compone en ele inversa, que es la composición que conviene al retrato elegante que pretende. Le interesa, sobre todo, destacar la cabeza, que ésta emerja en solitario recortándose nítida en un espacio exclusivo; quizá por ello introduce el fanal, cuya cúspide roza el hombro del retratado y alude a la que es hoy la actividad que lo tiene absorto y aparatado del mundo.

Salvo el modelo, todo se me antoja perfecto en esta obra: la pincelada suelta y dinámica que subraya su carácter pictórico; la vibración de los colores, autónomos sin estridencias; el blanco azulado de la camisa, que realza la cabeza; el peso de la medalla académica sobre la corbata; la condecoración, fundida y confundida en la solapa, como tiende a fundirse la figura misma con el fondo del cuadro.

Juan Hidalgo del Moral ha hecho un gran retrato. Cuando en uno de nuestros paseos y tras una conversación telefónica con Antonio Bujalance me propuso que lo presentara ante el Cuerpo Académico, no tuve más remedio que aceptar, pues no pude contrariar a quien tan generosamente había pedido hacer mi retrato, no obstante me preocupaba hacerlo, pues me incomodaba tener que hablar de mí, como tema de la obra, y me desazonaba la posibilidad remota de que el cuadro –todavía no estaba concluido- no me

dictara la presentación que merecía la largueza del pintor.

Felizmente, el resultado ha disipado mis temores, pues es un buen retrato y el tema, aunque me reconozco, ha sido tan sublimado por el artista, que puedo hablar de él sin asomo de pudor.

Juan Hidalgo ha pintado un retrato intemporal, como conviene al que ha de integrarse en una galería institucional. El retratado aparece más joven, en la plenitud de la edad, como hará quince o veinte años, cuando inició su andadura como director de la Academia. El artista, que es hombre de formación clásica, sabe que el Augusto de Prima Porta, datable en el año 20 a.C., cuando el emperador frisaba los 43 años, e incluso después de su muerte, pues los pies descalzos denotan una intención heroizadora *post mortem*, se representa equívocamente joven porque la juventud se consideraba garantía de buen gobierno.

Es evidente que Juan Hidalgo no se planteó retratar a Ángel Aroca, sino a Ángel Aroca como director de la Real Academia de Córdoba, por lo que lo ha representado, además, con todo el empaque y dignidad que le conviene al cargo. Y recordamos la estatua de Sófocles que se custodia el Museo Laterano, en la que la figura del dramaturgo, arrogante y envuelta en su elegante himation, tiene el empaque de los héroes de sus tragedias.

Estamos ante un retrato idealizante, aspecto subrayado también por su estilización canónica, pleno del clasicismo omnipresente en el pintor, si bien su estirpe clásica se atempera y humaniza en la mejor tradición retratística española. En él se cumple con largueza la apasionada declaración profética que hizo hace más de 30 años nuestro recordado amigo Paco Zueras: “Declaro que tengo puesto en la obra de Juan Hidalgo del Moral uno de mis artículos de fe en la pintura del momento”. El crítico Mario Antolín abunda también en la calidad del artista, a quien considera “pintor de fuerte personalidad creadora en la que combinan la expresividad del color y la maestría del dibujo... -es la suya- una obra de indudable raíz española pese a la modernidad del concepto plástico con que se desarrolla”.

Este retrato, en el que Juan Hidalgo del Moral materializa su discurso de presentación como Académico Correspondiente con residencia en Córdoba, adscrito a la Sección de Nobles Artes es, pese a la fragilidad e inconsistencia del modelo, de los mejores que atesora nuestra Institución y su autor es el único pintor que tiene en la misma el retrato de dos de sus directores: el de don Juan Gómez Crespo y el que hoy presentamos.

La contemplación del retrato es más elocuente que la mejor de las semblanzas, pero no puedo concluir sin esbozar la trayectoria de su autor.

Juan Hidalgo del Moral, con una marcada vocación artística desde su infancia, comenzó su formación pictórica en la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos de nuestra ciudad. En este centro, del que sería director posteriormente, de 1984 a 1996, fue entonces alumno aventajado, mereciendo el Premio Extraordinario de su promoción.

Pensionado por la Diputación de Córdoba, se licenció en Bellas Artes en las escuelas superiores de Santa Isabel de Hungría y San Fernando, donde también amplió su formación realizando estudios de restauración y pintura mural. Su deseo de aprender lo llevó a viajar por varios países de Europa y África pensionado por la Fundación Rodríguez Acosta, y la calidad de sus obras de juventud le hizo merecer el Premio de la Fundación Madrigal de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

En 1967 inició su labor docente en el Instituto de Enseñanza Media de Sama de Langreo. Regresó a Córdoba en 1969 y, tras cuatro años dedicado a la enseñanza del

dibujo en los institutos Séneca y Averroes de nuestra ciudad, accedería a la cátedra de dicha disciplina, superando las oposiciones al cuerpo de Profesores de Término de Escuela de Artes y Oficios. Pasó entonces, ya como catedrático, a la escuela de Úbeda, donde el Renacimiento palpitante de la Florencia andaluza agudizó su innato clasicismo. Después, para reencontrarse definitivamente con sus orígenes solariegos y estéticos, volvió a Córdoba, donde culminó su etapa docente y vive su jubilación consagrado a la pintura.

Ha realizado buen número de exposiciones individuales y colectivas en diversas ciudades, entre las que se cuentan Oviedo, Jaén, El Cairo, Córdoba, Granada, Sevilla, Melilla y Madrid. En estas muestras, paulatinamente y sin golpes de efecto, Juan Hidalgo nos ha ido mostrando su buen hacer, dejándonos siempre con la miel en los labios por su constante huir del relumbrón, por su miedo visceral a prodigarse, por ese encomiable sentido del equilibrio y la moderación que le distingue. No obstante su falta de interés por la notoriedad, no pudo evitar que esta corporación reparara en su arte y en 1979 fue nombrado miembro correspondiente de nuestra querida Academia. La Real Academia de Bellas Artes “Nuestra Señora de las Angustias” de Granada, también lo acogió en su seno en 2002.

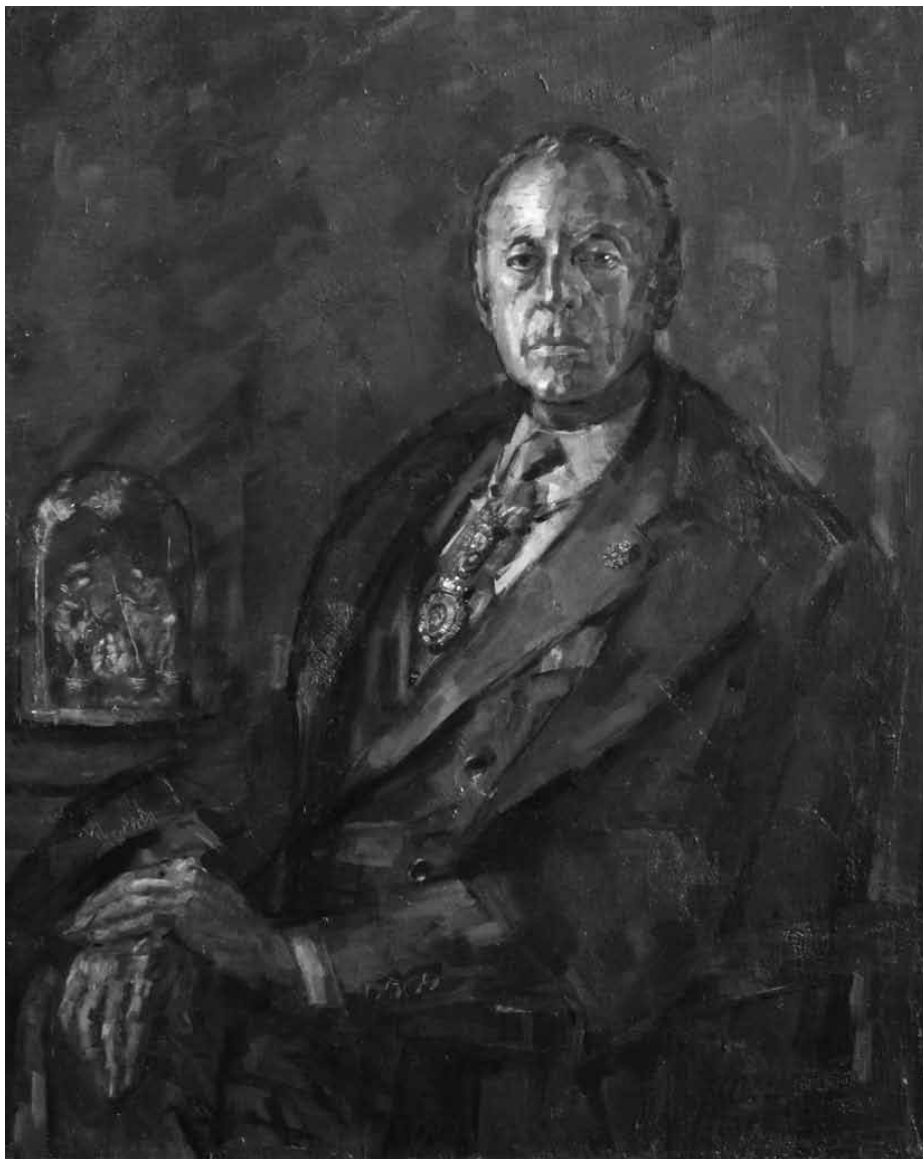
En su pintura Juan Hidalgo ha tenido el acierto de ser fiel a sí mismo, sin dejarse seducir por la corriente de turno. Suele eludir comunicar deliberadamente cualquier mensaje en sus cuadros; éstos son por lo común fruto de un planteamiento lúdico, autocomplaciente, en el que el artista, apoyado en el conocimiento de los grandes de la pintura y en los muchos recursos aprendidos en su ya dilatado oficio, no desea sino llevar a las telas sus pensamientos, sus estados anímicos y sus sensaciones.

Tal falta de concreción en el mensaje permite que sean el crítico y el espectador los que lean entre líneas lo que vienen buscando, porque a buen seguro todo ello se encuentra en sus lienzos. Así, frente a la fidelidad al clasicismo cordobés que advierte Carlos Clemenson en la pintura de Hidalgo del Moral, José María Palencia ve en ella ecos del post-cubismo ornamental que introdujo Vázquez Díaz en España. En mi opinión ambos llevan razón, sólo es cuestión de separar los elementos integrantes de la composición de los recursos técnicos utilizados para materializarla.

La pintura de Juan Hidalgo es –al menos así la veo– deudora del Mediterráneo de siempre, de lo que en este mar de cultura se ha cocido desde Polignoto a Picasso. Mediterráneo es el retrato que hoy presentamos: greco-romano en la apostura y el tono idealizante de que dota al modelo, español en la técnica y la composición.

Los retratos son especialmente vulnerables. En el ámbito privado es común que un mal paisaje o el bodegón mediocre sobrevivan al retrato del abuelo. Quienes frecuentamos las tiendas de antigüedades y los mercadillos sabemos de la desconsideración e incultura de los deudos. Afortunadamente las instituciones ofrecen mayor garantía a los retratos, pero también hemos visto lienzos sañudamente maltratados en algunas galerías institucionales; en ellas el reto está en superar los cuarenta primeros años, después la calidad de la obra es su mejor garantía de supervivencia.

Enhorabuena, amigo Juan, por tu magnífico trabajo de presentación como Académico Correspondiente con residencia en Córdoba y gracias, muchas gracias, por haberme elegido como tema del mismo. Aunque lo que pueda ocurrir dentro de cuarenta años no me quita el sueño, me siento muy honrado de que este retrato pueda testimoniar nuestra amistad cuando seamos polvo fundido con el polvo, estela apenas del viento de la dispersión.



Retrato de D. Ángel Aroca.